

A UN AÑO FECHA ASIA, TENSION LIMITE

A las dieciséis horas del 9 de mayo de 1966, China ha llevado a cabo con éxito, en su área occidental, una explosión atómica que contenía material termonuclear.

Desde hace meses, las fuentes de información oficiales y extra-oficiales americanas venían anunciando insistentemente la inminencia de esta explosión. Su objetivo esencial era preparar a la opinión pública, muy principalmente la de los USA, a recibir el impacto de esta grave noticia desfavorable para los norteamericanos. La primera prueba —16 de octubre de 1964— causó una sacudida rápida y nerviosa de pánico, a pesar de que también se había realizado un condicionamiento previo, y otro posterior, para explicar al público que esa bomba, a pesar de ser más importante de lo que se había previsto (los análisis de la nube radiactiva permitían comprobar que la explosión era de U 235 en lugar de ser plutonio 239), no era «aún» peligrosa. Siete meses más tarde —14 de mayo de 1965— China experimentaba la segunda bomba atómica. Ahora, como estaba previsto en este mes de mayo, los chinos acaban de realizar su tercer experimento, esta vez de material termonuclear.

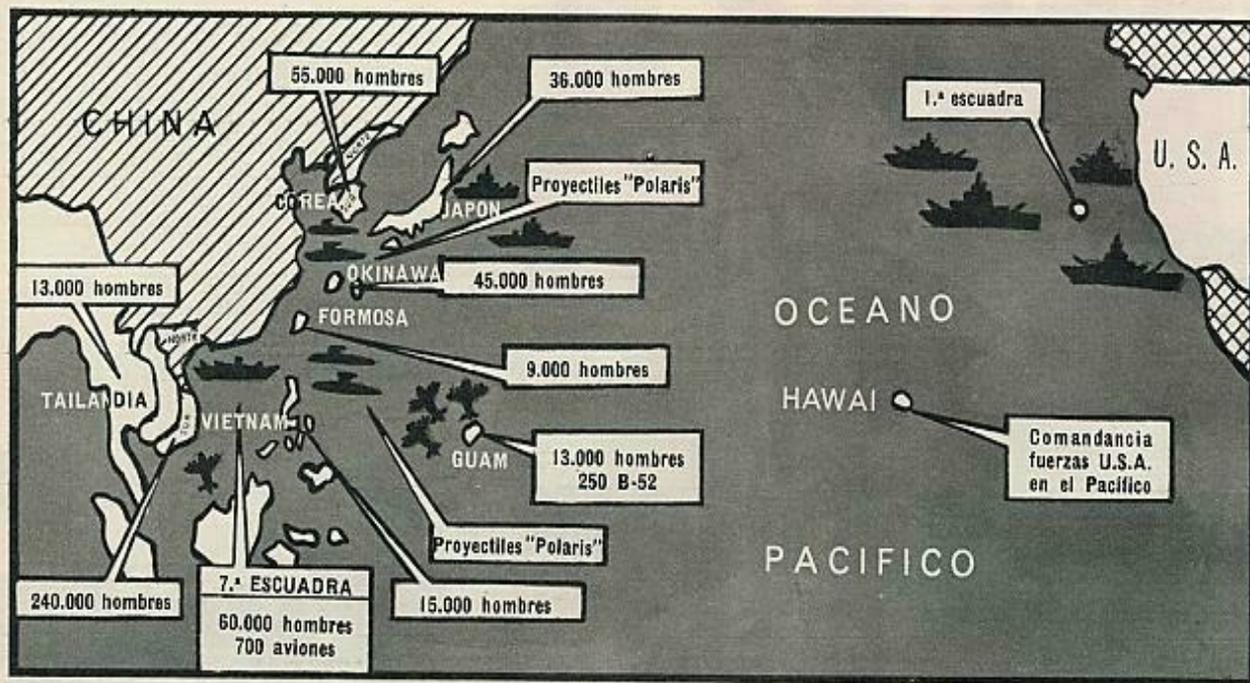
A pesar de las previsiones, la primera reacción de Washington ha sido una mezcla de incertidumbre y nerviosismo. Es evidente que la explosión de esta nueva bomba —doblemente potente que las anteriores—, sitúa en un plano distinto —más favorable a China— la relación de fuerzas que se enfrentan actualmente en Asia.

Si los cálculos que el Pentágono hace más o menos público son exactos, China está fabricando bombas atómicas a un ritmo de dos por mes: debe tener un almacén de unas veinte bombas de potencia entre 20 y 50 KT. La producción puede acelerarse y llegar a tener, en el curso del año próximo, un almacén de cien bombas operacionales. Al mismo tiempo, dispondrá de los vehículos necesarios para el envío de esas bombas sobre territorios enemigos. Ahora disponen de aviones de bombardeo, de un radio máximo de 3.500 kilómetros, fácilmente vulnerables. Tienen algunos cohetes que pueden llevar la bomba hasta 400 kilómetros de distancia. Entre 1967 y 1968 podrán tener cohetes de largo alcance. En cinco años —declaraciones de McNamara ante los ministros de defensa de la OTAN, diciembre 1965— la potencia nuclear china «puede amenazar a Europa». No es posible saber si esta advertencia del secretario de Defensa de los Estados Unidos se basa en unos cálculos enteramente sinceros o si están hechas para tratar de contener el abandonismo europeo, que ante la falta de amenaza en el continente trata de rehuir sus pesadas cargas militares, trata de zafarse de la hegemonía de los Estados Unidos.

Ante esta situación militar hay dos escuelas americanas de pensamiento. La que cree que es preciso por todos los medios encontrar una forma de contención militar de China, y la que cree que el peligro puede conjurarse mediante arreglos políticos. Esta última escuela está en la oposición: en la oposición dentro del mismo partido gobernante (demócrata). El senador Edward Kennedy, hermano del

presidente asesinado, ha pronunciado un discurso en Massachusetts (3 de mayo) en el que ha expuesto algunas de las fórmulas políticas de revisión de la política chino-americana. Se crearía una comisión de estudio que se encargaría de mantener relaciones con China, sustituyendo la actual escasa forma de contacto —en Varsovia, por conversaciones oficiosas entre los embajadores de Estados Unidos y de la China en Polonia— por una serie de instrumentos de intercambio que deberían atraer a China a la participación en las negociaciones de desarme, establecer con ella una colaboración en los terrenos de la ciencia, la cultura, el deporte y el turismo, y estudiaría la forma de establecer ciertas relaciones comerciales. Kennedy ha recibido el apoyo inmediato del senador Fullbright. Pero la respuesta del gobierno, por medio de Humphrey —vicepresidente, que un día fue miembro del ala liberal, izquierdista, de su partido, pero que ahora está prendido en el engranaje del poder, aunque sin perder de vista su futuro político— no es favorable. «Cuando China esté dispuesta a respetar la carta de la ONU, a ser una nación amante de la paz, cuando deje de reclamar Formosa sin más proceso, entonces será un candidato aceptable a las Naciones Unidas». ¿Cuándo sucederán semejantes cosas? Hay aquí un círculo vicioso del que es imposible salir. La crispación bélica china no podrá ceder mientras se vea cercada y amenazada. Pero si baja la guardia, ¿se prescindirá del cerco, ¿no aprovechará China para su gran asalto a Asia? Con Formosa a tiro de cañón —de hecho, hay todos los días cañoneos incidentales entre Quemoy y la China Continental—, con la guerra en sus fronteras con Vietnam —las bombas americanas caen ahora a unos kilómetros de China—, con la hostilidad de la India, con la URSS en una larguísima zona fronteriza, con todas las bases de Estados Unidos frente a sus costas, el actual gobierno de China vive indudablemente una situación neurótica, una política neurótica. Cree que su defensa está en mantener en un cierto estado de numantimismo a sus 700 ó 750 millones de habitantes, en alimentarles con éxitos atómicos, en mantener una política desafiante. Los Estados Unidos no acaban de creer que si iniciasen una política como la propuesta por Kennedy esa neurosis desaparecería del día a la noche. Efectivamente, no es fácil de creer. Pero el dilema está planteado de tal forma que no parece que haya más que dos caminos a elegir: uno es el planteado por Kennedy y los liberales intelectuales, de iniciar una «desescalada» política, otro es el de McNamara y Johnson, que supone estar preparados para una guerra, incluso lanzar una guerra preventiva antes de que China posea bombas de hidrógeno operacionales y medios de colocarlas a larga distancia. Esa larga distancia no puede ser nunca Europa, por mucho que diga McNamara, sino el continente asiático y, sin duda, los Estados Unidos.

La disensión liberal dentro de los Estados Unidos es creciente. «El presidente cree que la razón de la crítica interior a la guerra crece por el hecho de que demasiados americanos, especialmente los intelectuales y los liberales, no estiman la libertad de los asiáticos, tanto como estiman la libertad de los americanos y los europeos», escribe Tom Wicker en el «New York Times». Esto equivale a suponer



Por
**EDUARDO
HARO
TEGLEN**

En el gráfico se señala la composición del sistema militar norteamericano frente a China.

que la oposición a la guerra supone un desinterés por la suerte de los asiáticos, y que la postura militar es un altruismo. Este tipo de semántica invertida es muy frecuente en los estados en guerra. Walter Lippman la combate en el «Herald Tribune». Según explica, la disidencia a la política de guerra procede precisamente de los hombres que han estado en la vanguardia de la lucha contra la discriminación racial y a favor de la extensión de la ayuda a los países subdesarrollados. «Si el presidente ha elegido esta creencia —dice— debe ser porque ha aceptado el argumento de que no hay diferencias esenciales entre esta guerra y la segunda guerra mundial, entre Ho Chi Minh y Hitler y, por consiguiente, sin duda, entre él mismo y Churchill. El núcleo de los crecientes problemas presidenciales reside en que los liberales y los intelectuales, y una parte de los conservadores también, piensan que la analogía entre Vietnam y Europa es falsa y que ha conducido a la administración a un cenagal del cual no hay salida fácil o atractiva». La tesis de Lippman consiste en que los Estados Unidos están cubriendo en Asia el vacío dejado por el imperialismo francés y por el británico, «y aunque no nos consideremos nosotros mismos como imperialistas, estamos representando un papel imperial»; entienden que la lucha en Asia es simplemente producto de la necesidad de los Estados Unidos de mantener una influencia en aquel continente; y, contra los belicistas, estima que será precisamente el día en que Estados Unidos dejen de tener una intervención militar cuando su influencia dejará de disminuir y comenzará a aumentar.

En tanto esos diálogos se desarrollan, los planes militares de los Estados Unidos no se detienen. Por las razones apuntadas al principio, el Pentágono entiende que el punto de máximo peligro se sitúa en 1967, y en consecuencia está poniendo en práctica un «Contingency Plan» que supone la previsión de un conflicto armado sin límites entre China y los Estados Unidos. Marcel Giuglaris, corresponsal en Tokio de «France Soir», describe la puesta en marcha de ese plan. Actualmente el mando americano del Pacífico, que cubre una línea equivalente a la mitad del planeta —desde las costas Oeste de Estados Unidos a las del continente asiático, desde el océano Artico al Indico— tiene bajo sus órdenes 600.000 hombres, 440 navíos y 5.000 aviones. El año que viene, el año del peligro, tendrá un millón de hombres, 500 navíos y 6.000 aviones. Estas cifras no expresan suficientemente el aumento de potencia, puesto que éste se realizará por medios de guerra técnica. Es decir, un crecimiento espectacular de armas atómicas, de navíos y aviones capaces de transportar bombas nucleares.

Es innecesario decir que estas condiciones militares y políticas determinan el desarrollo de la guerra del Vietnam. No habrá paz posible, no habrá acuerdo posible, mientras los Estados Unidos no tengan la seguridad de que pueden permanecer en el Vietnam, como lugar clave de su cinturón en torno a China. Pero no habrá arreglo posible mientras los vietnamitas no estén seguros de que los Estados Unidos van a evacuar el país. La guerra crece, y de ella puede sur-

gir en cada momento el pretexto con el que se inicie una gran guerra asiática.

La opinión de U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, es pesimista en ese sentido. En su discurso de Estrasburgo —ante la Asamblea del Consejo de Europa, el 3 de mayo— ha dicho: «Es impensable que necesitemos una tercera guerra mundial para aprender a vivir unos junto a otros sobre este planeta tan ricamente dotado; pero, a veces, los acontecimientos que se producen en el mundo parecen indicar que estamos ya en ese camino». U Thant prosigue, sin embargo, su camino para encontrar condiciones de paz. Está plenamente sumergido en su papel de secretario general de una organización nacida para encontrar la paz entre los pueblos.

Se ha dado una gran importancia a su estancia en Ginebra y a la coincidencia allí, por diversos motivos, de una serie de personajes de primera importancia. Ha llegado Averell Harriman, embajador itinerante de Johnson, con la intención de discutir con el Comité Internacional de la Cruz Roja los problemas humanitarios de la guerra del Vietnam. Ha llegado Ion Georghe Maure, presidente del Consejo de Ministros de Rumania, que está enfermo y quiere consultar médicos suizos. Y U Thant, que asistió a la Asamblea Mundial de la Salud. Ha habido entrevistas entre todos ellos, con participación del presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja y del jefe del Departamento Político suizo, al que se atribuye un papel de mediador. Los círculos periodísticos mundiales creen que en estos viajes a Suiza hay algo más que una coincidencia. Hasta ahora no está claro que sea otra cosa. Los personajes son bastante heteróclitos como para pensar en algo más.

En la misma Ginebra, las negociaciones de desarme han llegado una vez más a un punto muerto. El número de sesiones celebradas hasta ahora son 256. Se han aproximado mucho los puntos de vista; pero hay siempre una pared entre ellos. La no asistencia de dos potencias atómicas, que son China y Francia, desvirtúa cualquier posibilidad de acuerdo. Francia no quiere participar en nada que limite su camino hacia el arsenal atómico. Las cartas del general de Gaulle a los presidentes de las repúblicas hispanoamericanas que han protestado por los peligros que puedan suponer para sus habitantes los ensayos nucleares franceses en el Pacífico son más que corteses, cariñosas; más que cariñosas, untuosas. No quiere perder terreno en América Hispana. Da toda clase de facilidades. Pero no renuncia a la prueba de su bomba. China, por su parte, no ha respondido aún a las gestiones realizadas por el Comité de Desnuclearización de América Latina. Y tampoco quiere perder tiempo.

Los que tienen la bomba no hacen nada por limitarse a sí mismos en su uso; los que no la tienen, aceleran sus esfuerzos para tenerla. El pesimismo de U Thant es bastante justificado. La esperanza no reside ahora en los políticos, en los poderes, sino más bien en esa enorme fuerza de la opinión pública, en esa gran reserva de los pacifistas que, desde la oposición, desde la calle, desde donde pueden, tratan de contener la neurosis de guerra de sus países.